

DE LA PRISIÓN ACADÉMICA A LA LIBERTAD INTELECTUAL Mi despedida de la Universidad Pedagógica Nacional

Renán Vega Cantor

“Yo quería hacer un hombre de cada animal humano; ellos, más prácticos, han hecho un animal de cada hombre y se han hecho ellos mismos pastores del rebaño. Sin embargo, prefiero ser un soñador que un hombre práctico”.

Ricardo Flores Magón De hombres, Los animales Carta a Nicolás Bernal Penitenciaría Federal de los Estados Unidos, Leavenworth, Kansas., Octubre 30 de 1920.

Este 10 de agosto comienzan las clases en la UPN y ese mismo día he decidido retirarme de esta institución, donde he laborado durante 35 años. En agosto de 1988 me incorporé como profesor ocasional de medio tiempo en la Facultad de Educación y en septiembre de ese año gané el concurso público de profesor de planta en el Departamento de Ciencias Sociales, a donde me vinculé el 8 de febrero de 1989.

Siempre tuve claro que quería ser profesor, no llegué a este oficio como un refugio efímero o porque no pude incorporarme a otra actividad laboral. No sé si he sido buen o mal profesor, eso lo podrán decir los miles de estudiantes que me han acompañado en estos 35 años en la UPN y en mis 45 años de experiencia docente en colegios, educación de adultos y en varias universidades. Lo que sí sé, y ese es un criterio que guía mi vida –basado en mis convicciones revolucionarias y anticapitalistas– es que he sido responsable de principio a fin, y las clases y actividades académicas e intelectuales que he desempeñado las he realizado con pleno convencimiento de causa, dedicación, entrega y pasión. Siempre me basé en el criterio de que cada clase debía ser desarrollada cómo si fuera la primera, y así lo he hecho hasta la última que dicté a finales de mayo de este año. De la primera a la última clase con altura, rigor, desprendimiento, respaldo documental, ironía, sarcasmo... Tal ha sido mi principal criterio pedagógico y a él me he mantenido fiel, sin ceder ni un ápice. Como lo dijo el gran José María Arguedas sobre su condición de educador: vivo todavía convencido que nací para ese oficio.

Sigo siendo un amateur de la educación, si por tal entiendo a “alguien –que a diferencia del profesional– estudia algo no para labrarse una carrera, sino por amor al asunto, motivado por un sentido de la responsabilidad, el esmero y la implicación personal”¹.

Durante mi permanencia en la universidad pública, en mi condición de estudiante y de profesor, intenté ser coherente con su defensa irrestricta como espacio democrático que contribuyera al mejoramiento de la sociedad colombiana; nunca busque dadas personales ni reconocimientos. Nunca concebí mi actividad docente o investigativa como un medio de ascenso hacía las escabrosas cimas de los micropoderes universitarios.

Participé directamente en las grandes luchas que se dieron en la universidad desde la década de 1990 hasta el día de hoy, entre ellas el paro nacional estatal de octubre de 1998, el campamento en las instalaciones de la calle 72 en 2007, la movilización de la MANE de 2011, el paro estudiantil de 2018...

Mis investigaciones y artículos se sustentan en el principio que la escritura es una necesidad vital, una forma de mostrar que, en medio de las miserias y penurias, seguimos vivos. Rechazó la lógica del capitalismo académico de ver a lo escrito como una simple mercancía y reivindicó que las palabras nos deben ayudar a pensar y a enfrentar este turbulento mundo en que nos ha tocado vivir.

En estos largos años le di a la UPN toda mi energía, mi vitalidad, mi capacidad intelectual, mi espíritu de lucha y rebeldía. Me quedé en esta institución porque entendía la importancia que tiene la educación crítica en un proyecto liberador y transformador. Soporté con dolor la muerte

1. Tim Ingold, *Correspondencias. Cartas al paisaje, la naturaleza y la tierra*, Gedisa, Barcelona, 2022, p. 23.

de colegas, entre ellos mi gran amigo Darío Betancourt, de estudiantes que conocí en mis clases, así como el encarcelamiento y persecución de muchos estudiantes por las fuerzas represivas del Estado y de organismos paramilitares, el suicidio de entrañables condiscípulos...

Nunca pensé en irme de la UPN a otra universidad del país o del exterior, aunque tuviera la oportunidad. Siempre afirmé, y lo sigo diciendo, que Colombia es tan injusta, desigual y antidemocrática que uno debe quedarse acá para enfrentar esa realidad e intentar cambiarla, con nuestro pequeño granito de arena, con todos los riesgos personales que eso supone. Lo más fácil es irse o, con disonancia cognitiva, mirar para otro lado, como si esa terrible injusticia no tuviera que ver con nosotros y encerrarnos en las torres de marfil del mundo académico, en ficticios y mercantiles grupos de investigación –con fuerza de trabajo docente semi-esclava incluida–, o en engordar el vanidoso Cvlac y cosas por el estilo.

Para mí La UPN no fue un lugar de paso para hacer carrera o lucrarme con jugosos asuntos mercantiles. Por el contrario, siempre fue un espacio de estudio, de reflexión y de lucha. La UPN fue mi segunda casa, que habite con pasión en sus aulas, plazas y pasillos. Mi presencia en esta casa, durante 35 años, ha quedado rubricada de múltiples maneras: con los libros y artículos que he escrito; con los debates, polémicas y denuncias que afronté con diversas administraciones; con mi rechazo frontal (teórico y práctico) de la neoliberalización educativa y la privatización del sistema universitario público desde comienzos de la década de 1990; con las decenas de conferencias que impartí, los cientos de marchas, mítines y manifestaciones en que participé, acompañando a estudiantes, trabajadores y a unos cuantos profesores; con mi participación como cofundador de la Asociación Sindical de Profesores Universitarios, seccional UPN, de la cual fui presidente por un corto período de tiempo...

Hoy digo adiós, de la misma forma en que llegué, con dignidad, decoro y con la cabeza en alto y en bus y sin celular. Me queda la satisfacción de haber contribuido con todas mis fuerzas y energía a proporcionar instrumentos de reflexión a miles de estudiantes para que dudaran, preguntaran, cuestionaran, pensarán con cabeza propia, no tragarán entero y no creyeran que vivimos en el país más feliz del planeta...

Ahora, la academia se ha convertido en una prisión, en la que ya no se piensa, ni reflexiona, una cárcel educativa y cultural, en la que no germina la inteligencia sino el conformismo, la resignación, la ignorancia que se cree ilustrada, y la mediocridad. Por desgracia, se ha hecho realidad nuevamente aquello que denunciaba José Carlos Mariátegui hace un siglo, cuando decía que estas universidades tienen un peor estigma que el analfabetismo, “tienen el estigma de la mediocridad”. Eso caracteriza a la UPN y a la totalidad de las universidades públicas de Colombia, y reproduce en nuestro país una tendencia mundial que resulta de haber convertido a la universidad en un despreciable nicho mercantil.

Me hastié de la mediocridad de la universidad de la ignorancia, de sus simulaciones y mentiras, de sus nuevas formas de censura, que pretenden certificar qué es conocimiento relevante (pretendidamente científico) y qué no lo es y a lo que se sale de sus cánones estrechos y restringidos lo denominan “literatura gris”, como todo lo que yo escribo.

Me canse de ese espíritu de corrupción que medra tras el decreto 1279, que ha generado una brutal segmentación docente y ha dado origen, en gran parte de las universidades públicas, a una nueva mafia, configurada por el cartel de los puntos, que desangran aún más el exiguo presupuesto de estas instituciones, mientras que miles de docentes soportan la precarización laboral, la inestabilidad, el maltrato, en una palabra, la explotación pura y dura.

Es insoportable la hipocresía y simulación de las acreditaciones y de las presunciones de los rectores de turno luego de que esos comités le conceden “acreditaciones de alta calidad” a la UPN, mientras la universidad se deshace a pedazos.

En el último año soporté el matoneo por parte de un sector de estudiantes, de profesores, de directivos académicos y la pasividad cómplice y permisiva de la alta administración, empezando por su actual Rector, Alejandro Álvarez Gallego, y eso hizo que se rompiera el último hilo que

me mantenía vinculado sentimental y políticamente con la UPN. Qué los estudiantes no me hayan respaldado en el momento en que más lo necesitaba (desde luego, con unas pocas excepciones, dignas y valerosas), y peor aún que un sector de ellos haya organizado el matoneo, me han quitado las ganas de permanecer en la UPN. Este ya no es mi espacio, no me dice nada, todo lo que allí pasa me parece insustancial, porque lo único que me mantenía atado a la universidad, anímica, política e intelectualmente, eran los estudiantes; por ellos lo di todo y por ellos me la jugué siempre.

Hasta acá llego, porque considero que, la UPN ya se agotó como un proyecto educativo, cultural y político que tenga algún relieve para mí. Por eso, ya no vale la pena permanecer ni un minuto más en su interior, porque, además, existen formas mucho más interesantes de perder el tiempo. Hoy abandono esta prisión, la de la universidad de la ignorancia y la mediocridad, y me reencuentro con la libertad intelectual. Sí, por qué lo académico ya no es sinónimo de actividad intelectual, puesto que la academia hoy por hoy se caracteriza por ser lo opuesto al trabajo intelectual, prisionera como esta de múltiples intereses privados, corporativos y mercantiles. Me retiro en el momento en que mantengo mi capacidad intelectual y creativa y con ganas de proseguir mis combates en otros espacios fuera de la UPN, porque, al fin y al cabo, yo siempre dije que el mundo no comienza en la calle 72 y termina en la calle 73, sino que afortunadamente ese mundo es “ancho y ajeno”, como lo catalogaba *Ciro Alegría*.

Renuncio a la UPN porque la labor docente se ha convertido en un “trabajo de mierda”, según la acertada denominación del malogrado pensador anarquista y activista político David Graeber en el libro con ese mismo título, sí *Trabajos de mierda*². En la docencia ya no interesa ser buen profesor, ni ser responsable ni comprometido, ni preparar clase e impartirlas con decoro y altura, ni leer libros ni estar actualizado sobre lo que pasa en el país y en el mundo. Nuestra noble profesión ha sido convertida en un *trabajo de mierda*, porque se han impuesto a la brava lógicas perversas y completamente inútiles e innecesarias, tales como llenar formularios todo el semestre, formar parte de inanes comités, asistir obligado a reuniones insustanciales, cuantificar todo lo que se hace (publicaciones, clases, reuniones, informes) con fines de [des]acreditación. En el camino de mierdificación, unos pocos docentes se han convertido en prestigiosos y prósperos negociantes académicos que consiguen fondos económicos para sí y unas cuantas migajas para la universidad, se han transformado en turistas académicos que deambulan de aeropuerto en aeropuerto a la caza de cuanto estúpido seminario académico se organice en el que se discute cosas tan trascendentales como el sexo de los ángeles, lo que acelera de paso el calentamiento global si recordamos que el transporte aéreo es una de las actividades que más achicharra nuestro sufrido planeta. Esos pocos son los mismos que solo escriben para revistas indexadas y sobre todo si están en inglés, pues, *of course* eso da más puntos, aunque esas revistas no las lea ni Mandrake ni las conozca nadie. En breve, la docencia como trabajo de mierda amplía la polarización y segmentación de una vasta mayoría de proletariado académico que realiza el trabajo duro y mal pago, sin ningún incentivo ni objetivo loable a la vista y al otro lado una minoría de mercachifles, cultores de la bibliometría y de los negocios, cuya razón de ser no es el saber ni el conocimiento sino la de recibir dinero hasta por suspirar, todo inscrito en la brutal y destructiva “cultura del puntismo”.

Renuncio a la UPN porque ya no soporto el cretinismo digital de todos aquellos (empezando por los estudiantes y los profesores) que andan pegados al celular, esa prótesis artificial que se ha convertido en una prolongación miserable de la mano, y que rompe cualquier comunicación genuina y verdadera, la que se da cara a cara, sin intermediaciones tecnológicas. Los espacios académicos se han tornado insoportables ante la contaminación digital, en donde tiene más importancia una pantalla que un ser humano y los estudiantes están poseídos por la incontinencia (y la impertinencia) digital. Ese no es el tipo de mundo educativo que quiero, el

². David Graeber, *Trabajos de mierda. Una teoría*, Editorial Ariel, Barcelona, 2018.

de la estupidez tecnológica generalizada, en donde ya no hay espacio ni para la voz, ni para la escritura, donde ya no hay ni corazón ni cabeza, sino puro estómago y emociones primarias. Y mucho menos puedo aceptar que a esa sumisión digital que se ha impuesto a la brava, porque detrás están los negociantes de cachivaches tecnológicos, se le aplique el epíteto de inteligente y se utilice sin vergüenza ese eufemismo del mundo contemporáneo de la supuesta “universidad inteligente”. No, la pretendida universidad inteligente es lo más mediocre que puede existir. Además, hablar de inteligencia es un insulto al pensamiento y a la realidad, en medio de la precarización docente, de edificios destartados que se caen a pedazos, de la tugurización del campus de la calle 72 y de ese galpón de casetas prefabricadas que se denomina Valmaria... Para que perder tiempo hablándole a estudiantes que parecen robots amaestrados, que viven pegados a sus celulares sin que nada de la realidad externa les preocupe. Es mejor hablarles a las paredes y eso se puede hacer fuera de los enmohecidos muros de esta Universidad, sin contratiempos, ni disgustos, ni malos ratos.

Los últimos barrotes de odio de la academia los ha colocado la *corrección política* y el *fascismo de género*, que se han apoderado de los espacios universitarios. Algunos y algunas intentaron encadenarme a este último barroto de ignominia en el último año, simplemente porque me niego a seguir las estupideces de dicha corrección política, que tiene la pretensión, nada más ni nada menos, que censurar nuestro lenguaje, constreñir nuestra libertad de pensamiento y enterrar la libertad de cátedra. Como estos nuevos censores de diversos géneros no me pudieron callar recurrieron al mecanismo típico de los mediocres, hipócritas e ineptos, esto es, a la calumnia, a la difamación a la censura, pensando que eso me iba a silenciar. Quienes recurrieron a esos viles procedimientos, entre ellos profesores y profesoras del Departamento de Ciencias Sociales y de otros departamentos de la UPN, con los que me cruzaba en los pasillos y patios todos los días, lo hicieron a partir de la envidia, porque nunca pudieron aceptar mi seriedad, compromiso, autonomía, independencia, capacidad crítica y mi nivel de exigencia en todo lo que hago, y en primer lugar en los cursos que impartía.

Ahora, hemos llegado al colmo en esta prisión académica, que exigir la lectura de un libro, calificar con rigor un ensayo, evitar el plagio y el facilismo, tener responsabilidad académica, llevarle libros en clase a los estudiantes, estar comprometido con la defensa de la universidad...todo eso es visto, en el mundo de la corrección política –esa oscura y tenebrosa noche en que todos los gatos son pardos– como violencia de género y acoso, algo que podemos denominar coloquialmente *acoso bibliográfico*. ¡Sí, es que este profesor me acosa porque me pone a leer libros completos y aparte de todo me hace exámenes orales sobre esos libros, no tolera el plagio y no acepta como válido el “copie y pegue” de lo que podemos copiar de las pantallas, a lo que se añade que tiene la osadía de leer los trabajos y no le tiembla la mano para estamparnos un cero cuando han sido plagiados! Además, ¡es un acosador porque dice cosas que desbordan los límites de la corrección política en boga y que no nos gusta escuchar, como aquello que el capitalismo realmente existente ha pervertido el género y lo ha convertido en un nuevo negocio mercantil! Para completar, ese individuo es raro porque no usa celular, prohíbe su uso en clase y es un crítico acérrimo de la tecnociencia y todos sus embustes y mentiras.

Sí, con orgullo y dignidad puede decir que he sido sometido a un matoneo criminal –a ese asesinato moral y a la política de la cancelación– por ser un profesor que no tolera la mediocridad ni la lambonería, por ser exigente y riguroso, por hablar claro y sin eufemismos, por mi espíritu rebelde, crítico y contestario. Esto indica que la universidad de la ignorancia es aquella en la que vivimos, en la que no puede exigirse nada a los estudiantes de la generación de cristal (“generación pulgarcita”), que están convencidos que usar el pulgar para chatear de día y de noche es un esfuerzo descomunal, por el que los debemos aplaudir, certificar los cursos sin ningún compromiso académico y promover la promoción automática para graduarlos.

Esto no quiere decir que de mi se haya apoderado el pesimismo. Por el contrario, creo en la esperanza, o como la llamaba José Carlos Mariátegui en “el optimismo del ideal”, porque

Los que no nos contentamos con la mediocridad, los que menos aún nos conformamos con la injusticia, somos frecuentemente designados como pesimistas. Pero, en verdad, el pesimismo domina mucho menos nuestro espíritu que el optimismo. No creemos que el mundo deba ser fatal y eternamente como es. Creemos que puede y debe ser mejor. El optimismo que rechazamos es el fácil y perezoso optimismo panglosiano de los que piensan que vivimos en el mejor de los mundos posibles³.

He recuperado mi libertad intelectual plenamente, sin embelecocos académicos sobre normas de publicación, bibliometría, comités de acreditación, smartphones, corrección política y fascismo de género.

Seguiré haciendo las cosas que siempre he hecho en forma independiente y externa al ámbito universitario, esto es, escribir, leer, publicar libros, reflexionar sobre el país y el mundo sin las restricciones insoportables de la prisión académica. Quiero seguir siendo como el *Vagabundo de las estrellas*, el personaje de la novela de Jack London, cuyo cuerpo está encerrado en una prisión, pero cuyo espíritu vuela libre lejos de ese mundo carcelario.

Y ahora que me he liberado de la prisión académica quiero seguir siendo un artesano en todos los ámbitos de mi vida, de la misma forma que durante estos 35 años pretendí ser un artesano de la educación: hacer siempre las cosas bien, con calma y paciencia, de manera atenta, con entrega y pasión, con rigor flexible sin esperar ninguna gratificación a cambio. Lo que representa el artesano y la artesanía intelectual puede ser dicho de diversas formas con las palabras de Richard Sennett, con las que cierro esta despedida: El artesano es aquel que “produce inquietud, transmite intranquilidad, invita a pensar”; “el artesano representa la condición específicamente humana del compromiso”; “La recompensa emocional que la artesanía brinda con el logro de la habilidad es doble: el artesano se basa en la realidad tangible y puede sentirse orgulloso de su trabajo”; “Hacer un buen trabajo significa tener curiosidad, investigar y aprender de la incertidumbre”; “el artesano está volcado hacia fuera, hacia su comunidad”. Y, una conclusión no menos importante que ha dictado la determinación que he tomado de retirarme de la UPN: “el buen artesano comprende cuando es el momento de parar”⁴.

Agosto 10 de 2023

³. José Carlos Mariátegui, “Pesimismo de la realidad y optimismo del ideal”, *El Alma Matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, Obras completas, Tomo 3, Editora Amauta, Octava Edición, Lima, 1983, p. 35.

⁴. Richard Sennett, *El Artesano*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2008.